

CONFUNDIDO CON UN TERRORISTA

Héctor Ceballos Garibay

Los cuatro viajeros llegaron tarde al aeropuerto debido a un congestionamiento automovilístico en Río Churubusco. Sin embargo, tuvieron tiempo suficiente para checar su equipaje y abordar aquel avión cuyo destino final era la ciudad de Londres, luego de una breve escala en Nueva York.

Con perceptibles muestras de nerviosismo en sus rostros, aunque fingiendo una compostura de "gente de mundo", Pedro, sus papás y su esposa Rita desfilaron a lo largo del pasillo del jumbo, tras los pasos de una sobrecargo irascible que los apremiaba a ocupar sus asientos.

Al despegar el avión, y sólo después de que obedeció al pie de la letra las instrucciones de rigor: abrocharse el cinturón, mantener el asiento en posición vertical y dejar de fumar, Pedro le hizo plática a su mujer con el propósito de serenar su ánimo.

- ¡Qué maravilla!, aquí estamos, todos juntos, en feliz viaje a Europa.
- Gracias a Dios no perdimos el avión. Espero que a tus papás no les haya molestado mucho tanto ajetreo.
- Despreocúpate, tanto ellos como yo hemos viajado un montón de veces, así que ya sabemos lo que es esto.
- ¡Qué bárbaro!, tú aprovechas cualquier ocasión para presumir lo sabiondo y cosmopolita que eres...
- ¡Cálmate, Rita, no exageres, yo no tengo la culpa de que éste sea apenas tu primer viaje al viejo continente.
- Bueno, ya basta, hoy no me quiero pelear contigo,

El vuelo transcurría a pedir de boca: puntual, sin turbulencias, cielo despejado, buena comida y una

escala sin contratiempos en territorio estadounidense. Amanecía ya en el lado oriental del Atlántico. El avión comenzaba su pausado descender y abajo, poco a poco, se volvía más inmensa y diáfana la campiña inglesa.

– Fue buena idea el darle nuestros pasaportes a mi papá. Es mejor que él los lleve en su portafolio, ¿no crees?

- Yo no estoy tan segura de eso. A mí me gusta traer el pasaporte siempre a la mano, por cualquier cosa que pueda suceder.

– Pero tú no tienes experiencia y él sí, recuerda que ha viajado alrededor del mundo.

– Pedro, odio que me trates como si fuera una chiquilla. Ya estoy grandecita, y tú también, por cierto.

– Date cuenta de que mi papá es muy responsable y precavido. ¿Qué harías tú si te robaran el pasaporte?

– ¿Y si lo asaltan a él? Nos quedaríamos sin, los cuatro pasaportes, ¡bonito desastre!

– Bueno, lo hecho hecho está. Te guste o no, él lleva ahora los documentos, y no te queda de otra más que aguantarte.

El aeropuerto de Londres se encontraba sobresaturado. Infinidad de vuelos llegaban y salían al mismo tiempo. La muchedumbre se atropellaba en los pasillos y numerosos vigilantes, temerosos de los atentados terroristas tan en boga, deambulaban por todos, lados con sus sofisticados equipos electrónicos de control y sus miradas alertas y escrutadoras. Las maletas tardaban en aparecer y los viajeros esperaban con ansiedad.

-¿Por qué tan callada?, pareciera que no te da gusto celebrar nuestro primer aniversario de bodas con un viaje a Europa.

- Claro que sí estoy contenta, pero hubiera preferido que fueras tú y no tu papá quien financiara este viaje.

– Tenme paciencia, linda, apenas llevo dos años de ser el principal ingeniero

de la compañía, y bien sabes que mis ahorros todavía no alcanzarían para tanto.

– Sí, ya me sé tu cantaleta de siempre: que todo tiene que salir de la constructora de tu papá, que pronto serás tú el mandamás...

La espera del equipaje se prolongó demasiado. Los nervios de los cuatro viajeros crecían y el cansancio, como un estigma, se reflejaba en sus rostros. El fragor incesante del aeropuerto resultaba insoportable. Por fin, aparecieron las maletas.

– Ya las tengo. Pregúntale a un policía por dónde está migración.

– Tu papá me dijo que lo siguiéramos, apúrate.

- Rita, escucha, allá en el pasillo de enfrente están los carritos para cargar los equipajes, voy por uno.

– Tus papás ya se encuentran haciendo cola, te esperamos en la aduana.

Pedro apresuró el paso hacia donde estaban los escasos carritos que se disputaban los recién llegados. Cogió uno de los últimos y, todavía apesadumbrado, caminó a grandes zancadas, casi corriendo, buscando alcanzar a sus papás. De pronto, advirtiendo la precipitación y el nerviosismo de Pedro, apareció un policía de entre la multitud y con voz imperativa le espetó:

– Hey, Mister, ¡stop! Please, show me your passport.

Pedro se detuvo al instante y, con la vergüenza a flor de piel, apenas si atinó a contestar:

– Yes, yes, wait a moment...

Al recordar que no traía el pasaporte consigo, volteó a todos lados en desesperada búsqueda de la presencia de sus familiares. Los vio finalmente en el costado derecho, a escasa distancia estaban haciendo fila y con la mirada fija en él, contemplando azorados la escena.

De los trémulos labios de Pedro salió un grito agudo, distorsionada, que contrastaba notablemente con el estado catatónico de su cuerpo:

– ¡Papá, papá, mi pasaporte, necesito mi pasaporte!

Con una sonrisa que anunciaba su incredulidad, el policía manoteó al aire y, alejándose de Pedro, exclamó:

-Forget it, my boy, you can go.

